

no gustase á la señora, como es lo más probable, y ella se enfada, yo perderé mi colocación, que me da más de mil francos anuales.

—El capital de mil francos son veinte mil francos, y, si yo se los doy, usted no *pegdegá* nada.

—¡Ah! si lo toma usted de ese modo, señor mío, la cuestión cambia—dijo Europa.—¿Dónde están?

—Aquí—respondió el barón enseñándole uno á uno los billetes de mil francos.

El barón observaba los rayos que cada billete hacía brotar de los ojos de Europa y que revelaban la avidez que él deseaba despertar.

—Usted me paga la colocación, pero ¿y la honradez? ¿y la conciencia?—dijo Europa levantando la cabeza y fijando en el barón una mirada medio seria, medio bufa.

—La conciencia no vale tanto como la colocación; *pego añadígemos* cinco mil francos más.

—No, veinte mil francos por la conciencia y cinco mil por la colocación, si la pierdo.

—Como usted *quiega*—dijo añadiendo los cinco billetes;—*pego paga ganagios* es preciso que me esconda usted en el *cuarto* de la *señoga pog* la noche, cuando esté sola...

—Si me asegura usted no decir nunca que fui yo la que lo metí, consiento. Pero le advierto que la señora es forzada como un turco, que ama al señor de Rubempré como una loca, y que aunque le dé usted un millón en billetes no le hará cometer una infidelidad... Es tonto ese proceder, pero así se obra cuando se ama... ¡Mi señora es peor que una mujer honrada! Cuando sale de paseo por las noches con el señor, es raro que el señor se quede en casa, y como él ha ido esta noche con ella, esta misma noche puedo esconderle. Si la señora vuelve sola, yo vendré á buscarle á usted; usted se quedará en el salón, yo no cerraré la puerta del cuarto, y lo demás... ¡qué diablo! lo demás es cosa suya... ¡Prepárese!

—Toma y daca, yo te *dagé* los veinticinco mil francos en el salón.

—¡Ah! ¿tan desconfiado es usted?—dijo Europa.—¡Dios le ampare!

—Ya tendrás ocasión de *gobagne*... Me *pagece* que *segemos* amigos.

—Bueno, esté usted en la calle Taitbout á las doce

de la noche; pero lleve usted treinta mil francos, porque la honradez de una camarera se paga más cara después de las doce de la noche, como los coches de punto.

—*Pog* prudencia te *dagé* un bono contra el Banco.

—No, no—dijo Europa,—billetes, ó no me avengo á nada.

A la una de la mañana, el barón de Nucingen, escondido en la buhardilla en que dormía Europa, era presa de todas las ansiedades del hombre feliz que espera una entrevista amorosa. El viejo vivía, sentía que la sangre le hervía en los pies y que la cabeza iba á estallarle como una máquina de vapor demasiado caldeada.

—*Mogalmente* gozaba *pog* más de cien mil escudos—le dijo á Tillet contándole su aventura.

El barón escuchó todos los ruidos de la calle, y á las dos de la mañana oyó el coche de su amada cuando pasaba por el bulevar. El corazón le latió con fuerza inusitada cuando la puerta giró sobre sus goznes: al fin iba á ver la celestial, la ardiente cara de Ester. La espera del momento supremo le emocionaba más que si temiese perder toda su fortuna.

—¡Ah!—exclamó—¡esto es *vivig!* ¡es casi *vivig* demasiado! ¡no *segé* capaz de nada!

Un cuarto de hora después, subió Europa.

—La señora está sola, ¡baje!... pero sobre todo, no haga usted ruido, elefante.

—¡Elefante!—repitió riéndose al mismo tiempo que caminaba como sobre ascuas.

Europa iba delante de él con una palmatoria en la mano.

—Toma, cuéntalos—dijo el barón dándole á Europa los billetes una vez que estuvo en el salón.

Europa tomó los treinta mil francos con aire serio y salió dejando encerrado al banquero. Nucingen se encaminó hacia el cuarto y se halló con la hermosa inglesa, la cual le dijo:

—¿Eres tú, Luciano?

—No, hermosa niña—exclamó Nucingen sin acabar la frase que llevaba preparada.

El hombre quedó alelado al ver á una mujer contraria en un todo á Ester: rubio donde había visto negro, debilidad en lugar de fuerza, noche apacible donde brillaba el sol de la Arabia.

—¿Cómo! ¿de dónde sale usted? ¿quién es?—dijo la in-

glesa tirando del cordón de la campanilla sin lograr que sonase.

—He *fogado* de algodón las campanillas, *pego* no tema, que ya me voy. He aquí treinta mil francos *tigados* á un pozo. ¿Es usted la *quegida* del *señog* de Rubempré?

—Al parecer, querido mío—dijo la inglesa, que hablaba perfectamente el francés.—*Pego* ¿quién *egues* tú?—dijo imitando el modo de hablar de Nucingen.

—¡Un hombre que ha sido cogido!—respondió lastimosamente.

—¿Cogido por *estag* junto á una *mujeg* bonita?—le preguntó la inglesa bromeando.

—*Pegmítame* que le envíe mañana alguna joya *paga* que *gecuegde* al *bagón* de Nucingen.

—No lo conozco—le contestó riéndose como una loca;—pero recibiré la joya con mucho gusto, señor violador de mi domicilio.

—Ya lo *conocegá* usted. Adiós, *señoga*. Es usted bocado de *guey*; *pego* yo sólo soy un pobre *banquego* de setenta años cumplidos y me ha hecho *comprende*g el *podeg* que tiene la *mujeg* á quien amo, ya que su belleza sebrehumana no ha logrado *hacégmela* *olvidag*.

—Vamos, es usted muy atento—le dijo la inglesa.

—No es *finuga*, sino *inspigación*, que proviene de usted.

—Usted ha hablado de treinta mil francos, ¿á quién se los ha dado?

—A su tunante *camaguega*.

La inglesa llamó, y Europa, que no estaba lejos, se presentó en el acto.

—¡Oh!—exclamó Europa.—¡Un hombre en el cuarto de la señora! ¡Qué horror!

—¿No le ha dado treinta mil francos por meterlo aquí?

—No, señora; pues entre las dos no los valemos.

Y Europa empezó á gritar «ladrones» con tal prisa, que el barón, asustado, se dirigió hacia la puerta empujado por Europa, la cual le hizo rodar las escaleras al mismo tiempo que le decía:

—¡Bandido! me ha descubierto usted. ¡Al ladrón! ¡al ladrón!

El enamorado barón, desesperado, logró llegar sin tropiezos hasta el punto en que le esperaba el coche, y no sabía ya á qué espía confiar su negocio.

—¿Es que la señora quiere privarme de mis gajes?—dijo Europa volviéndose como una fiera hacia la inglesa.

—Yo no conozco las costumbres de Francia—le contestó aquélla.

—No olvide que me basta decirle al señor una palabra para que la ponga á usted á la puerta—respondió insolentemente Europa.

—Esa maldita *camaguega* me ha estafado treinta mil francos—le dijo el barón á Jorge cuando éste le preguntó si estaba contento;—*pego* la culpa es mía y nada más que mía.

—¿De modo que no le ha servido de nada al señor el acicalarse? ¡Diablo! por algo le aconsejo yo al señor que tome aquellas pastillas...

—*Jogge*, me *muego* de *desespegación*... Tengo frío... Siento el *cogazón* helado... Basta de *Esteg*, amigo mío.

En las grandes circunstancias Jorge era amigo de su amo.

Dos días después de esta escena, que fué relatada por la joven Europa con toda la gracia que ella supo darle con su mímica, el falso español almorzaba frente á frente de Luciano.

—Hijito mío, es preciso que ni la policía ni nadie se meta en nuestros asuntos—le dijo en voz baja al mismo tiempo que le pedía fuego para encender un puro,—porque no es conveniente. He hallado un medio audaz, pero infalible, para que el barón y sus agentes no se muevan. Vas á ir á casa de la señora de Serizy, muéstrate amable con ella y dile, en el transcurso de la conversación, que para hacerle un favor á Rastiñac, que está ya cansado de la señora de Nucingen, tú consientes en servirle de tapadera para ocultar á una querida que tiene. El señor de Nucingen, que se ha enamorado de la mujer que oculta Restiñac (esto le hará reír), ha tenido la idea de emplear á la policía para espiarte, á ti, que eres inocente de los enredos de tu compatriota, y que podrías salir comprometido en tus aspiraciones á la mano de la Grandlieu. Le rogarás á la condesa que te preste el apoyo de su marido, que es ministro de Estado, para ir á la Prefectura de policía. Una vez en presencia del señor prefecto, quéjate, pero hazlo como hombre político que no tardará en formar parte de algún importante organismo de gobierno. Comprenderás la policía como hombre de Estado, la admirarás, y con ella al prefecto. Las máquinas más hermosas

hacen manchas de aceite donde destilan. No te enfades demasiado. Tú no le tienes rencor ninguno al prefecto, y sólo le suplicas que vigile á su gente, pero que no la castigue. Cuanto más cariñoso estés, más terrible se mostrará el prefecto con sus subordinados. De este modo estaremos tranquilos y podremos hacer volver á Ester, que debe ya bramar como los gamos del bosque.

El prefecto de entonces era un antiguo magistrado, y los magistrados antiguos resultan prefectos de policía demasiado jóvenes. Imbuídos por el derecho y empachados de legalidad, tienen la mano torpe para la arbitrariedad que es necesario utilizar á veces en la policía. Al verse en presencia del vicepresidente del consejo de Estado, el prefecto reconoció á la policía mayores defectos de los que tenía, deploró los abusos y se acordó entonces de la visita que le había hecho el barón de Nucingen y de los informes que le había pedido acerca de Peyrade. Al mismo tiempo que prometía reprimir los excesos á que se entregaban sus agentes, el prefecto le dió las gracias á Luciano por haberse dirigido á él personalmente, le prometió el secreto y fingió comprender el lío. Algunas frases hermosas acerca de la libertad del individuo y de la inviolabilidad del domicilio fueron cambiadas entre el ministro de Estado y el prefecto, á quien Serizy advirtió que si los grandes intereses del reino exigían á veces secretas ilegalidades, era un crimen aplicar aquellos medios de Estado á los intereses privados.

Una mañana, en el momento en que Peyrade se dirigía á su querido café David, donde se regalaba contemplando ciudadanos, como el artista viendo brotar flores, un gendarme vestido de paisano se le acercó en la calle y le dijo al oído:

—Ahora iba á su casa. Tengo orden de llevarlo á la Prefectura.

Peyrade tomó un coche y siguió al gendarme sin hacer la menor observación.

El prefecto de policía trató á Peyrade cual si fuese el último sotacomitre, al mismo tiempo que se paseaba por una calle del jardinito de la Prefectura de policía.

—Señor, no sin razón está usted expulsado del servicio desde el año 1809. ¿No sabe usted á lo que nos expone y á lo que se expone usted mismo?

La filípica terminó con un verdadero golpe fulminante. El prefecto le anunció duramente al pobre Peyrade que no

sólo le suprimía el socorro anual, sino que además lo sometería á estrecha vigilancia. El anciano recibió aquella ducha con el aire más tranquilo del mundo. No hay nada más inmóvil é impasible que un hombre herido por un rayo. Peyrade había perdido en el juego todo el dinero y, como sólo contaba con su colocación, iba á verse reducido á las limosnas de su amigo Corentín.

—Yo he sido prefecto de policía y le doy la razón en todo —le dijo tranquilamente el anciano al funcionario orgulloso de su majestad judicial; —pero, sin que trate de excusarme, permítame que le advierta que no me conoce—dijo Peyrade dirigiéndole al prefecto una mirada significativa.— Sus palabras son, ó demasiado duras para el antiguo comisario general de policía en Holanda, ó poco severas para un triste agente.

El prefecto guardaba silencio.

—Señor prefecto, acuérdesse usted únicamente de lo que voy á tener el honor de decirle. Sin que yo trate de mezclarme para nada en los asuntos de su policía y sin que intente tampoco justificarme, le digo que ya tendrá ocasión de ver que en este asunto hay alguien que resulta engañado: en este momento soy yo, pero más tarde se dirá usted que es usted mismo.

Y dicho esto saludó al prefecto, el cual se quedó pensativo para ocultar su asombro.

El anciano volvió á su casa, embargado por una rabia sorda contra el barón de Nucingen. Aquel maldito financiero era el único que podía haber revelado un secreto concentrado en las cabezas de Contensón, de Peyrade y de Corentín. El anciano acusó al banquero de que quería evitar el pago después de logrado su objeto. Una sola entrevista le había bastado para adivinar las astucias del más astuto de los banqueros. «Liquida con todo el mundo, hasta con nosotros, pero me vengaré, se decía el buen hombre; nunca le he pedido nada á Corentín, y le pediré que me ayude á vengarme de ese estúpido macho. ¡Maldito barón! ya verás quién soy yo, cuando halles á tu hija deshonorada. Pero ¿amará á su hija?» La noche de la catástrofe, que echaba por tierra las esperanzas de aquel anciano, éste parecía haber envejecido diez años. Hablando con su amigo Corentín, entremezclaba sus quejas con lágrimas arrancadas por la perspectiva del triste porvenir que legaba á su hija, á su ídolo, á su perla.

—Seguiremos la marcha de este asunto—le decía Corentín.—Ante todo es preciso saber si ha sido el barón el delator. ¿No habremos hecho una torpeza buscando el apoyo de Gondreville? Ese viejo Maligno nos debe demasiados favores para que no procure reventarnos; así es que voy á vigilar á su yerno Keller, que es un necio en política y, por lo tanto, muy capaz de terciar en alguna conspiración encaminada á derribar á la rama mayor en favor de la segunda... Mañana ya sabré lo que pasa en casa de Nucingen, si ha visto á su amada y de dónde proviene este latigazo... No te apures... En primer lugar el prefecto no permanecerá mucho tiempo en su puesto... Los tiempos están preñados de revoluciones, y la revolución es nuestra esperanza.

En la calle sonó un silbido particular.

—Es Contensón—dijo Peyrade, poniendo una luz en la ventana;—algo trae que me afecta personalmente.

Un instante después, el fiel Contensón comparecía ante los dos gnomos de la policía que eran reverenciados por él cual si fuesen dos genios.

—¿Qué hay?—le preguntó Corentín.

—¡Novedades!... Salsa del 113, donde perdí cuanto llevaba, cuando veo en las galerías ¿á quién diréis?... á Jorge. Este mozo ha sido despedido por el barón, el cual sospecha de él que es un espía.

—¡He ahí el efecto de una sonrisa que se me escapó á mí!—dijo Peyrade.

—¡Oh! ¡cuántos desastres he visto yo causados por otras tantas sonrisas!—dijo Corentín.

—Sin contar con los que causan los latigazos—dijo Peyrade haciendo alusión al asunto Simeuse;—pero, veamos, Contensón, ¿qué hay?

—He aquí lo que ocurre—contestó Contensón.—Le he tirado de la lengua á Jorge invitándole á beber tal número de copas, que él está borracho y yo debo estar como un alambique. El barón fué á la calle Taitbout, bien repleto de pastillas del serrallo, y halló allí á la hermosa mujer que ya sabéis. Pero ¡vaya una buena! aquella inglesa no es la desconocida que él busca... Se gastó treinta mil francos para seducir á la camarera... ¡Una necedad! ¡El se cree grande porque hace pequeñas cosas con grandes capitales; volved la frase y hallaréis el problema que resuelve el hombre de genio. El barón volvió á su casa en un estado lasti-

moso. Al día siguiente, Jorge, por echárselas de listo, le dijo á su amo: «¿Por qué se sirve el señor de gentes tan malvadas? Si el señor quisiese confiar en mí, yo hallaría á esa desconocida, porque con la descripción que el señor me ha hecho me basta para revolver todo París». «Hazlo y no te pesará», le dijo el barón. Jorge me contó todo esto, entremezclado con los detalles más satíricos. Pero... ya está un acostumbrado á todo. Al día siguiente, el barón recibió un anónimo concebido en estos términos: «El señor de Nucingen se muere de amor por una desconocida, y ha gastado ya mucho dinero inútilmente. Si quiere hallarse esta noche, á las doce, en el puente de Neuilly, y se presta á subir al coche tras el cual irá el cazador del bosque de Vincennes y á que le venden los ojos, verá á la que ama... Como su fortuna pudiera hacerle concebir temores acerca de las intenciones de los que proceden de este modo, el señor barón puede ir acompañado de su fiel Jorge. Por lo demás, en el coche no irá nadie.» Sin decirle nada á Jorge, el barón se fué con Jorge, y ambos se dejaron vendar los ojos después que el barón reconoció al cazador. Dos horas después, el coche, que caminaba como un coche de Luis XVIII (á quien Dios tenga en gloria... ¡ese rey sí que entendía en policial) se detuvo en medio de un bosque. El barón, después de quitarse lo venda, vió en otro coche inmediato á su desconocida, la cual... pst... desapareció en seguida. El mismo coche, con la misma velocidad Luis XVIII, lo llevó al puente de Neuilly. A Jorge le habían puesto en la mano una cartita que decía así: «¿Cuántos billetes de mil francos suelta el señor barón porque le pongan en relación con la desconocida?» Jorge le dió la cartita á su amo, y el barón, sospechando que Jorge se entiende conmigo ó con usted, señor Peyrade, para explotarlo, ha despachado á Jorge. ¡Vaya un banquero más imbécil!... A Jorge no debió despedirlo hasta después de haber visto en su poder á la desconocida.

—¿Vió Jorge á la mujer?—preguntó Corentín.

—Sí—dijo Contensón.

—¿Y cómo es?—preguntó Peyrade.

—¡Oh! no me ha dicho más que esto: «¡es un sol de belleza!»—contestó Contensón.

—Estamos siendo burla de unos pillastres más listos que nosotros—exclamó Peyrade.—Esos perros le venderán cara la mujer al barón.

—¡Ya, mein herr!—respondió Contensón.—Como supe que le habían soltado una filípica en la Prefectura, le hice hablar á Jorge.

—Me gustaría saber quién me ha reventado, para medir con él las fuerzas—dijo Peyrade.

—Es preciso hacerse el muerto—observó Contensón.

—Tienes razón—dijo Peyrade;—esperemos y observémoslo todo con atención...

—¡Estudiemus detenidamente este asunto!—exclamó Corentín.—Por de pronto no me resta nada que hacer. Peyrade, sé prudente. Obedezcamos al señor prefecto.

—El señor de Nucingen era un buen filón—advirtió Contensón;—lleva en las venas muchos billetes de á mil francos.

—La dote de Lidia estaba ahí—le dijo Peyrade á Corentín al oído.

—Vamos, Contensón, dejemos dormir á nuestro padre... Hasta mañana.

—Señor—dijo Contensón á Corentín en el umbral de la puerta,—vaya una operación más rara que quería hacer el tunante ¿eh?... casar á su hija con el importe de... ¡Ah! ¡ah! con este asunto se podría hacer una bonita pieza muy moral, titulada: *La dote de una doncella*.

—¡Ah! ¡qué sentidos os da Dios! ¡qué oído tienes!—dijo Corentín á Contensón.—Indudablemente, la naturaleza social arma á todas sus especies de las cualidades necesarias para los servicios que espera de ellos. La sociedad es otra naturaleza.

—Lo que está usted diciendo es muy filosófico, y un profesor haría de ello un sistema—exclamó Contensón.

—Procure estar al tanto de todo lo que ocurra en casa de Nucingen respecto de la desconocida... en conjunto... sin detallar—dijo Corentín sonriendo al propio tiempo que corría con su espía á través de las calles.

—¡Tienen una desconfianza atrozi!—dijo Contensón.

—Un hombre como el barón de Nucingen no puede tener secretos—dijo Corentín.—Además, nosotros, que consideramos á los hombres como cartas, no debemos de ser engañados por ellos.

—¡No faltaba más! jeso ¡equivaldría á consentir que el verdugo se dejase degollar por el condenado!—exclamó Contensón.

—Tú siempre buscas comparaciones que hagan reír—respondió Corentín sonriéndose.

Aquel asunto, aparte sus resultados, era exclusivamente importante por sí mismo. Si el barón no le había hecho traición á Peyrade ¿quién había tenido interés en visitar al prefecto de policía? Para Corentín era cuestión de saber si no tenía algún traidor entre sus subordinados, y al mismo tiempo que se acostaba se decía como Peyrade: «¿Quién habrá ido á quejarse al prefecto?... ¿A quién pertenece esa mujer?...» De esta suerte, al propio tiempo que se ignoraban los unos á los otros, Jacobo Collín, Peyrade y Corentín se iban aproximando sin saberlo; y la pobre Ester, Luciano y Nucingen iban á ser arrastrados necesariamente á aquella lucha empezada ya y que se tornaría terrible al calor del amor propio policíaco.

Gracias á la habilidad de Europa, la partida más amenazadora de los sesenta mil francos de deudas que pesaban sobre Ester y sobre Luciano fué pagada, y la confianza de los acreedores renació un poco. Luciano y el cura pudieron respirar durante un momento. Como dos animales feroces perseguidos que lamen un poco de agua al borde de un estanque, ambos pudieron seguir costeano los precipicios á través de los cuales el hombre fuerte guiaba al hombre débil.

—Hoy—le dijo el falso sacerdote á su protegido—nos jugamos el todo por el todo; pero, afortunadamente, las cartas están preparadas.

Cumpliendo las órdenes de su mentor, Luciano fué durante algún tiempo amante asiduo de la señora de Serizy. En efecto, á Luciano no le convenía que se supiese que tenía una querida vulgar. Por lo demás, el joven logró aturdirse y supo hallar fuerzas en el placer de verse amado y en el torbellino de una vida mundana. Luciano obedecía además á Clotilde de Grandlieu no viéndola más que en el Bosque ó en los Campos Elíseos.

Al día siguiente de aquel en que Ester fué encerrada en la casa del guarda, aquel ser problemático y terrible para ella y que constituía su pesadilla fué á proponerle que firmase en blanco tres letras gravadas con estas torturantes palabras: *Aceptada por sesenta mil francos*, en la primera; *Aceptada por ciento veinte mil francos*, en la segunda; *Aceptada por ciento veinte mil francos*, en la tercera. En total trescientos

mil francos de aceptaciones. La palabra *aceptada* constituye la letra de cambio y le somete á uno á la acción penal. Esta palabra hace incurrir al que la firma imprudentemente en cinco años de cárcel, una pena que pocas veces aplican los tribunales á los más bandidos. La ley acerca de este punto es un resto de los tiempos de barbarie que une á su estupidez el raro mérito de ser inútil, ya que no alcanza nunca á los bribones.

—Se trata de sacar á Luciano de un apuro—le dijo el español á Ester;—tiene unos sesenta mil francos de deudas, y con estos trescientos mil saldremos tal vez del apuro.

Después de haber fechado las letras de cambio con seis meses de antelación, el cura hizo que las librara contra Ester un *hombre que no fué bien conocido por la policía*, y cuyas aventuras, no obstante el ruido que hicieron, no tardaron en ser olvidadas y sepultadas por el rumor de la gran sinfonía de julio de 1830.

Este joven, que era uno de los más audaces caballeros de industria, hijo de un alguacil de Bolonia, se llama Jorge María Destourny. El padre, que se vió obligado á vender su cargo en circunstancias poco prósperas, dejó á su hijo sin recursos, después de haberle dado esa brillante educación que es una locura que suelen sentir los padres de condición humilde por sus hijos. A los veintitrés años, el joven y distinguido alumno de derecho, había renegado de su padre haciéndose unas tarjetas que decían:

JORGE D'ESTOURNY

Esta tarjeta daba á su persona un perfume aristocrático. Este elegante tuvo la audacia de tomar un tilburí y un lacayo y de frecuentar los clubs. Cuatro palabras lo explicarán todo: jugaba á la Bolsa con el dinero de las mujeres alegres á quienes servía de confidente. Por fin cayó en manos de la policía, ante la cual compareció acusado de servirse en el juego de cartas preparadas; tenía cómplices, jóvenes corrompidos por él, sus seides obligados, los compañeros de su elegancia y de su crédito. Obligado á huir, se olvidó de pagar sus diferencias en la Bolsa. Todo París, el París de los cancheros y de los clubs, de los bulevares, de los industriales, temblaba aun al recordar aquel doble enredo. En la época de su esplendor, Jorge d'Estourny,

guapo mozo, buen muchacho, y, sobre todo, generoso como un capitán de bandidos, había protegido á la Torpedo durante algunos meses. El falso español basó su especulación en las relaciones de Ester con aquel célebre estafador. Jorge d'Estourny, cuya ambición se había aumentado con el éxito, tomó bajo su protección á un hombre llegado de provincias para dedicarse al negocio en París, y á quien el partido liberal quería indemnizar por las condenas sufridas con valor en la lucha de la prensa contra el gobierno de Carlos X, cuya persecución se amortiguó durante el ministerio Martiñac. Entonces se había indultado al señor Cerizet, aquel gerente responsable, titulado el valeroso Cerizet. Ahora bien, Cerizet, protegido por las eminencias de la izquierda, fundó una casa que era á la vez agencia de negocios, banco y casa de comisión. Fué una de esas posiciones que se parecen en el comercio á esos criados anunciados para todo. Cerizet se consideró muy dichoso aliándose con Jorge d'Estourny para hacer el aprendizaje. En virtud de la anécdota acerca de Ninón, Ester podía pasar por ser la fiel depositaria de una parte de la fortuna de Jorge d'Estourny. Un endoso en blanco firmado por Jorge d'Estourny hacía á Carlos Herrera dueño de los valores que él mismo se había creado. Esta falsificación no ofrecía ningún peligro desde el momento en que la señorita Ester, ó algún otro, tenían que pagar. Después de haber tomado informes acerca de la casa Cerizet, Jacobo Collin reconoció en ella á uno de esos personajes oscuros, decididos á hacer fortuna... pero legalmente. Cerizet, el verdadero depositario de Estourny, era depositario de sumas importantes comprometidas entonces en la alza de la Bolsa, y que le permitían á Cerizet llamarse banquero. Todo esto se hace en París: se desprecia á un hombre, pero no su dinero. El cura se trasladó á casa de Cerizet con intención de trabajar á su modo, pues por casualidad era dueño de los secretos de aquel digno socio de Estourny. El valeroso Cerizet permanecía en un entresuelo de la calle del Gros-Chenet, y el cura, que se hizo anunciar misteriosamente como enviado de Jorge d'Estourny, sorprendió desagradablemente al titulado banquero. El cura vió en un modesto despacho á un hombrecito de cabellos ralos y rubios, y reconoció en él, por la descripción que le había hecho Luciano, al Judas de David Sechard.

—¿Podemos hablar aquí sin temor á ser oídos?—dijo el español metamorfoseado súbitamente en inglés de cabellos rubios y de lentes negros.

—¿Por qué pregunta eso, señor?—preguntó Cerizet.—¿Quién es usted?

—Soy William Barker, acreedor del señor d'Estourny; pero voy á hacerle ver la necesidad de cerrar las puertas, ya que así lo desea. Señor, yo conozco las relaciones que tuvo usted con los Petit-Claud, los Cointet y los Sechard de Angulema...

Al oír estas palabras, Cerizet se encaminó hacia la puerta y la cerró; hizo luego lo propio con la que daba á su dormitorio y por fin le dijo al desconocido:

—¡Más bajo, señor! ¿Qué desea usted de mí?—añadió examinando al falso inglés.

—¡Dios mío!—exclamó William Barker—en este mundo cada cual para sí. Usted tiene en su poder los fondos de ese pillastre de Estourny... Tranquílcese, no vengo á pedirselos; pero, instado por mí, ese bribón, que merece ir al palo, me dió estos valores diciéndome que tal vez habría medio de realizarlos, y como yo no quiero perseguir á nadie en mi nombre, él me dijo que usted me daría el suyo.

Cerizet miró las letras de cambio y dijo:

—Pero ya no está en Francfort...

—Ya lo sé—respondió el falso Barker,—pero podía estar aun allí en la fecha de esos documentos.

—Es que yo no quiero ser responsable—dijo Cerizet.

—No le exijo á usted semejante sacrificio—dijo el falso inglés.—Usted puede encargarse de recibirlos. Fírmelos y yo me encargo de obtener el cobro.

—Me asombra ver á d'Estourny tan desconfiado—repuso Cerizet.

—Es que él sabe muchas cosas—respondió el español;—pero no le censure usted si ha distribuido su fortuna entre varios.

—¿Cree usted por ventura?...—preguntó el negociante devolviéndole al falso inglés las letras de cambio firmadas.

—Yo creo que usted guardará admirablemente sus fondos—dijo el falso inglés;—estoy seguro de ello, tan seguro que ya sé que han sido empleados en el tapete verde de la Bolsa.

—Mi fortuna está interesada en...

—En perderlos ostensiblemente—dijo William Barker.

—¿Señor!—exclamó Cerizet.

—Mire, mi querido señor Cerizet—dijo fríamente Barker interrumpiendo á Cerizet,—me hará usted un favor facilitándome esa entrada. Hágame el obsequio de escribirme una carta en la cual me diga que me entrega usted estos valores firmados por cuenta de Estourny y que el alguacil deberá considerar al portador de la carta como dueño de estos tres documentos.

—¿Quiere usted decirme su nombre?

—¡Nada de nombres!—respondió el falso inglés.—Ponga usted: *Al portador de esta carta y de estos valores...* En pago de su favor recibirá usted otro mayor.

—¿Cómo?—preguntó Cerizet.

—Con una sola palabra. Se quedará usted en Francia, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Pues bien, sepa que Jorge d'Estourny no vendrá nunca á Francia.

—¿Y por qué?

—Tiene más de cinco personas enemigas que han jurado su muerte, y yo lo sé.

—¡Ya no me asombro de que me pida siempre con qué hacer una pacotilla para irse á las Indias—exclamó Cerizet.

—Desgraciadamente me ha obligado á comprometerlo todo, y somos ya deudores de algunas diferencias. Hoy yo vivo al día.

—Procure usted echarse atrás.

—¡Ah! ¡si yo hubiese sabido antes eso!—exclamó Cerizet.

—He perdido mi fortuna.

—¡Una palabra más!—dijo Barker.—¡Discreción!... yo sé que es usted discreto; pero, y esto sí que es más difícil, ¡fidelidad! Nos volveremos á ver y yo le daré medio de hacer una fortuna.

Después de haber introducido en aquella alma de barro una esperanza que debía asegurar su discreción durante mucho tiempo, Barker se fué á casa de un alguacil con quien podía contar y le encargó que obtuviese embargos contra Ester.

—Pagarán—le dijo al alguacil;—es una cuestión de honor y nosotros sólo queremos estar en regla.

El alguacil obró con gran cautela, y fué él mismo á em-

bargar el mobiliario á la calle Taitbout, donde fué recibido por Europa. Una vez extendida la orden de prisión, Ester quedó ostensiblemente sujeta á los efectos de trescientos mil francos de deudas indiscutibles. Con todo esto, Jacobo Collin no hizo grandes dispendios de invención. Esta comedia de las deudas simuladas se representa con mucha frecuencia en París. Hay muchos Gobseck y muchos Gigonet que se prestan á ella mediante una prima. En Francia todo se hace riendo. De este modo se despluma bien á padres recalitrantes ó se explotan pasiones. Máximo de Trailles había empleado mucho este medio, tomado de las comedias antiguas. Únicamente que Carlos Herrera, que quería salvar el honor de su sotana y el de Luciano, recurrió á una falsificación sin ningún peligro.

Antes de entablar la cuestión de estos cien mil escudos destinados á amenazar, Carlos se propuso sacarle antes cien mil francos al barón de Nucingen. He aquí cómo. Cumpliendo sus órdenes, Asia se presentó al barón como celestina encargada de la hermosa desconocida. Hasta ahora, los pintores de costumbres han sacado á escena muchos usureros; pero han olvidando á la usurera, á la prestamista del vicio, personaje curiosísimo que iba á ser representado por Asia, á quien Carlos juzgó apropiada para el caso.

—Te llamarás la señora de Saint-Esteve —le dijo el falso cura.

Carlos quiso ver á Asia disfrazada. La falsa ropavejera se presentó con traje de damasco con flores, que provenía, sin duda, de algún cortinaje. Llevaba además un cuello de encaje y un sombrero te feísimo; pero iba calzada con zapatos de Irlanda.

—¡Y la hebilla de mi cinturón!—dijo Asia enseñando aquel útil que comprimía su vientre de cocinera.—¿Eh? ¿qué le parece? ¿Y la ropa?... cómo me afea ¿verdad?

—Al principio sé melosa —le dijo Carlos,—tímida casi, desconfiada como una gata, y sobre todo haz que el barón se avergüence de haber empleado á la policía, aunque debes hacer ver que no les temas á los agentes. En fin, dale á entender al parroquiano, en términos más ó menos claros, que desafías á todos los policías del mundo á que averigüen el paradero de la desconocida hermosa. Cuando el barón te haya dado derecho á golpearle el hombro llamándole

«corrompido», vuélvete insolente y hazle andar detrás de ti como un lacayo.

Amenazado de no volver á ver á la falsa tendera si se entregaba al menor espionaje, Nucingen veía á Asia cuando iba á la Bolsa, á pie, en un miserable entresuelo de la calle Neuve-Saint-Marc, una habitación prestada, ¿por quién? el barón no pudo nunca obtener la menor luz respecto á este punto... Estos senderos fangosos ¿cuántas veces han sido frecuentados por los enamorados millonarios? De esperanza en esperanza, la señora de Saint Esteve le hizo llegar al barón á intentar á *toda costa* saber todo lo concerniente á la desconocida.

Entretanto, el alguacil seguía obrando, y como no hallaba resistencia en casa de Ester, no perdía más tiempo que el de los plazos legales. Luciano, guiado por el cura, visitó cinco ó seis veces á la reclusa de Saint-Germain. El feroz conductor de aquellas maquinaciones había juzgado necesarias aquellas entrevistas para impedir que Ester desmejorase, pues la belleza de la judía era un punto capital. En el momento de dejar la casa del guarda, llevó á Luciano y á la pobre cortesana al borde del camino desierto, á un lugar desde el cual se veía París y desde donde no podían ser escuchados por nadie. Los tres se sentaron al sol naciente, en un tronco de álamo que yacía en aquel paisaje, que es uno de los más hermosos del mundo, porque abraza el curso del Sena, Montmartre, París y Saint-Denis.

—Hijos míos—dijo Carlos,—vuestro sueño ha acabado. Tú, hijita, no verás más á Luciano, ó, si lo ves, debes decir que lo has conocido hace cinco años durante unos días solamente.

—¡Entonces ya llegó la hora de mi muerte!—dijo Ester sin echar una lágrima.

—¡Bah! hace cinco años que estás enferma—dijo el cura.—Figúrate estar tísica, y muérete sin aburrirnos con tus elegías. Pero vas á ver cómo puedes vivir aun, y muy bien... Déjanos, Luciano, vete á coger *sonetos*—le dijo el poeta enseñándole un campo á pocos pasos de ellos.

Luciano le dirigió á Ester una mirada suplicante, una de esas miradas de hombre débil y ambicioso, llenas de ternura en el corazón y de cobardía en el carácter. Ester le respondió con un movimiento de cabeza que quería decir: «Voy á escuchar al verdugo, para saber cómo debo poner

la cabeza bajo el hacha, á fin de morir con valor». Aquel movimiento fué tan gracioso y denotó tanto horror, que el poeta lloró. Ester corrió hacia él, lo estrechó entre sus brazos, bebió aquella lágrima y le dijo:

—¡No tengas cuidado!

Pero se lo dijo de ese modo que se dicen las cosas cuando brotan del alma.

Carlos empezó á explicar claramente, sin ambigüedades y á veces con horribles frases, la situación crítica de Luciano, su situación en el palacio de Grandlieu, su hermoso porvenir si triunfaba y la necesidad en que se hallaba Ester de sacrificarse por él.

—¿Qué es preciso hacer?—exclamó la joven fascinada.

—Obedecerme ciegamente—le contestó Carlos.—¿De qué puede usted quejarse? Sólo de usted dependerá el labrarse un hermoso porvenir. Va usted á ser lo que son Tulia, Florina, Marieta y la Val-Noble, sus antiguas amigas, la querida de un hombre rico á quien no ama. Una vez arreglados nuestros asuntos, ese enamorado barón es bastante rico para hacerla á usted dichosa.

—¡Dichosa!—exclamó Ester levantando los ojos al cielo.

—Ha gozado usted cinco años de paraíso. ¿No se puede vivir con semejantes recuerdos?

—Le obedeceré—dijo la joven enjugándose una lágrima.

—De lo demás no se preocupe. Como ha dicho usted muy bien, mi amor es una enfermedad mortal.

—Es que no basta con obedecer, sino que es preciso que se conserve usted hermosa—le advirtió Carlos.—A los veintidós años y medio, se halla usted en el grado sumo de su belleza, gracias á su dicha pasada. En fin, sobre todo vuelva usted á ser la Torpedo. Sea traviesa, gastadora, astuta, y no tenga lástima de ese millonario que le entrego. ¡Escúcheme!... ese hombre no ha tenido compasión á nadie y se ha enriquecido á costa de la viuda y del huérfano, y usted será la vengadora de sus víctimas... Asia vendrá á buscarla en coche y esta noche estará usted en París. Si dejase usted sospechar sus relaciones de seis años con Luciano, sería como si le pegase usted un tiro en la cabeza. Si le preguntan dónde ha estado, responda que ha ido de viaje con un inglés muy celoso. Antes tenía usted talento para charlar, y ahora debe sacarlo á relucir.

¿Habéis visto una cometa radiante, ese gigante de las

mariposas de la infancia, recamada de oro, cerniéndose en los cielos?... Los niños olvidan un momento la cuerda y un transeunte la corta: el meteoro cabecea y cae entonces con espantosa rapidez. Tal le ocurrió á Ester cuando oyó á Carlos Herrera.